

Una Gracia demasiado grande

(Cuento)

Iñaxi reconocía que su marido hubiera sido perfecto si no fuera por el maldito vicio de la bebida. Era trabajador, cariñoso, alegre, desprendido, juna alhaja!, pero, al llegar la noche, el buen hombre se encontraba hecho una sopa.

Si le llamaban Xagardo, alguna razón habría, pero su afición se inclinaba más al vino. Diariamente visitaba todos y cada uno de los templos de Baco renterianos, mostrando su preferencia por Domingo enea.

Durante los primeros años de matrimonio, Iñaxi había procurado engañar y engañarse en lo referente a las causas que motivaban el desequilibrio vespertino de su marido. A la manera de las esposas norteamericanas desde que en aquel bendito país se estableció la ley seca—las cuales, cuando ven a su marido convertidos en unos zorros, dicen: *he is sick*, y nunca *intoxicated drunk*—, Iñaxi decía de Pello, cuando llegaba poseedor de una magnífica papalina, que se encontraba delicado.

Pero, más tarde, llegaron a preocuparle tanto las diarias *indisposiciones* de su marido, que Iñaxi pasaba medio día llorando y la otra mitad buscando remedio a sus desdichas.

A pesar de devanarse los sesos y de las lágrimas de Iñaxi, Pello continuaba practicando el deporte de la *mozkortei*. Instaló su cuartel general en Domingo enea y, convertido el arbolazpi en tribuna pública, pronunciaba profundas conferencias medicofilosóficas de las cuales solían ser tema las excelencias del alcohol y sus virtudes para las conservaciones de todos los cuerpos, incluso el humano.



Pello, bajo y regordete, tenía por compañero de fatigas a Joxé largo y seco. Joxé era un infatigable lector de periódicos y poseía un inagotable arsenal de conocimientos inútiles, desde las prácticas sociales entre los lapones hasta la manera de limpiar las manchas del marfil. Hablaba poco y sentenciosamente, se creía un hombre de voluntad y se dejaba dominar por Pello.

—¿Tomaremos un chiquito?—proponía Pello ante una taberna.

—¡Jesús! Eres el demonio tentador.

—¡Bah! Uno, poco daño nos hará...

—Uno, uno... Bueno. Si es uno sólo. Como tiene tanino, no me sentará mal.

Y acompañaba a Pello en la ingestión del morapio. Una vez por antiespasmódico, otra por antidiarráico, al final de cuentas terminaban los dos amigos en un estado bastante lamentable, y, cuando Xagardo llegaba a casa, a las nueve en punto, su cara esposa se

deshacía en quejas y lágrimas. Porque eso sí; Xagardo era astronómicamente puntual: a las nueve en punto, día tras día, eniraba en el domicilio conyugal dando traspíes.

Pero sucedió un día que ya no bastaron las tasas renterianas para las actividades de los dos amigos y comenzaron las excursiones por los alrededores. Entonces descuidaban Xagardo y Joxé la hora, aunque nunca olvidaran de beber.

Una noche, a las diez, de regreso de San Sebastián, de cuya parte vieja habían visitado todos los establecimientos expendedores de bebidas, presintió Xagardo que había pasado la hora acostumbrada para reintegrarse al hogar y preguntó a Joxé:

—¿Qué hora es?

Joxé sacó la petaca, la miró detenidamente y respondió:

—Tienes razón. En domingo estamos.

—¡En Domingo! Vamos a echar un chiquito.

Y saltó Xagardo del tranvía seguido de Joxé



Esta y otras distracciones semejantes llevaron la congoja al ánimo de Iñaxi. Era preciso poner fin a este estado de cosas sin reparar en sacrificios.

Comenzó Iñaxi por echar unos polvos en el vino esperando que surtieran el anunciado efecto de hacer abandonar para siempre la bebida al bueno de Xagardo. Pero lejos de ello, después de tomar el específico, Pello bebía más y más, y se se retrasaba en la taberna con mayor frecuencia.

Siguió otros procedimientos con tan tristes resultados, y, desesperada, iba a renunciar a todo tratamiento cuando tropezó con Quitería, una vecina beata, a la que contó sus cuitas.

—Mi Pello sería un perfecto marido si no fuera por el vino.

—Pues usted tiene la culpa. Es muy fácil poner remedio a ese vicio

—¿Y cual es ese remedio?

—Rece usted una novena al santo patrón de las viñas y verá usted como su marido no vuelve a probar una gota de vino. Empiece hoy mismo, y dentro de nueve días vendré a verla para que me cuente si va haciendo efecto. Hay que rezar con mucha devoción; ya lo sabe usted, Iñaxi.

La mujer quedó pensativa. Comenzó su novena y jamás santo alguno oyó plegarias más fervientes.

Esta vez—pensaba—mi Pello no vuelve a probar el vino.

Nueve días más tarde llegaba Xagardo a su casa en un estado lastimoso, y su mujer, resignada, pensaba que era la despedida de las borracheras. Acostáronle, comenzó a ponerse mal, muy mal, y una hora más tarde, en un colapso, abandonaba este valle de lágrimas.

A la mañana siguiente llegó Quitería a visitar a Iñaxi y a preguntarle si había dado resultado la novena.

—¡Qué santo milagroso!—exclamó Iñaxi.

—¿Ya no bebe vino?

—Ni una gota. ¡Qué santo milagroso! ¡Se le pide una gracia del tamaño del dedo meñique y la concede del tamaño de un brazo!... ¡Yo no le pedía tanto!

JESUS LIO